

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez-Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamín

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 30

ECUADOR: US\$. 9

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$. 3

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Tel: 2522763 • Fax: (593-2) 2568452

E-mail: caap1@caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

64

Quito-Ecuador, Abril del 2005

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

En los arrabales del Estado de naturaleza / 7-20

Fernando Bustamante

De nuevo el nuevo (des)orden mundial / 21-42

José María Tortosa

Conflictividad socio-política Noviembre 2004-Febrero 2005 / 43-48

TEMA CENTRAL

Del conflicto social al ciclo político de la protesta / 49-72

José Sánchez-Parga

El peso de la noche: una perspectiva histórica
de la crisis política en Ecuador / 73-90

Pablo Ospina Peralta

Octubre Negro BOLIVIANO / 91-104

Marcelo Varnoux Garay

La consolidación hegemónica de la democracia
radical en Venezuela (2002-2004) / 105-134

Romero J, Juan E; Carlos Pinto y Eduvino Ferrer

DEBATE AGRARIO

La rápida expansión de los supermercados en Ecuador
y sus efectos en las cadenas agroalimentarias / 135-150

Miguel Zamora

ANÁLISIS

Afrolatinidad, construcciones teóricas y sociales hacia abrir las
Ciencias Sociales en América Latina / 151-156

Madeleine A. L. Alingué

Las mentalidades sociales y el nivel del preconsciente
colectivo en el tercer mundo / 157-166

H.C.F. Mansilla

RESEÑAS

Los rostros de la deuda. Cd. Jubileo 2000, ILDIS, UNICEF / 167-174

Teodoro Bustamante

Derecho ambiental y sociología ambiental Iván Narváez / 175-178

Guillaume Fontaine

El peso de la noche: una perspectiva histórica de la crisis política en Ecuador

Pablo Ospina Peralta*

Las señales de la crisis son conocidas. Resalto solamente la más llamativa. Luego de la caída de Abdalá Bucaram en 1997 se esparció la idea de que el país vivía lo que se llamó una "crisis de gobernabilidad". El Ecuador no se deja gobernar. El "canibalismo político" entre fracciones rivales impide los necesarios acuerdos para acompañar la marcha del país. El gobierno no puede actuar por las incómodas interferencias del Congreso y por la negativa de los actores a aceptar las decisiones gubernamentales. Una crisis de autoridad. Sin embargo, tal diagnóstico no es nuevo.

Ya Bernardo de Monteagudo, uno de los lugartenientes jacobinos de José de San Martín, expresó la misma idea en 1823 durante su exilio posterior al fracaso del Protectorado en el Perú: *Hoy se teme conceder demasiado poder a los gobernantes, pero en mi concepto es mucho más de temer la poca obediencia de los gobernados* (citado por Contreras y Cueto 2004: 65).

¿Cómo resolver una crisis de autoridad así definida? En la nueva Constitución de 1998 se concentraron los poderes presidenciales, se eliminaron competencias del Congreso, se centralizaron las decisiones económicas y presupuestarias, se autonomizaron jurídicamente instituciones como el Banco Central y la Corte Suprema de Justicia.

En síntesis, afirmando la autoridad contestada del Presidente de la República. La ruta parecía al fin despejada para la ansiada "gobernabilidad".

A la luz de los acontecimientos de los años siguientes, la crisis no se resolvió. Al contrario se repite incesantemente, ignorando tercamente las soluciones legales. Libros como el de Jorge Enrique Adoum sobre la identidad nacional recurren a otro diagnóstico. Cansados de las explicaciones estructuralistas e impersonales, asumen el expediente del carácter psicológico de sus habitantes:

A fines de 1998 comenzó a hablarse con insistencia de la "necesidad de imprimir personalidad ecuatoriana a nuestro fútbol", como si no la tuviera, como

* Profesor del área de historia de la Universidad Andina Simón Bolívar e investigador del Instituto de Estudios Ecuatorianos. Este texto fue presentado en la mesa redonda "Ecuador en los últimos veinte y cinco años: Estado, democracia y participación", organizado por la Asociación de Historiadores del Ecuador, ADHIEC. 17 de marzo de 2005, Quito.

si fuera cuestión de decidirlo, de pronto, y hacerlo, como si el desorden, el descuido, la falta de disciplina, el desaliento, la improvisación, que son características de nuestros equipos, no fueran algunas de nuestras señas particulares (...) Toda indagación acerca de los rasgos que caracterizan nuestro comportamiento obtendrá como respuesta, entre cualesquiera otros, inevitablemente, la pereza, el incumplimiento, la improvisación y la "viveza criolla" (Adoum 2000: 261 y 267)

"Así mismo somos". La crisis política expresa nuestra verdadera forma de ser. Nuestro verdadero yo. Tenemos los gobernantes que nos merecemos, los que nosotros mismos elegimos. Son el resultado de una especie de vocación masoquista y sufridora. Hay poco que hacer más que esperar el lento trabajo de la "educación" para cambiar nuestro voluble carácter y nuestra esencia profunda.

Propongo alejarnos de los diagnósticos psicológicos que llevan al desaliento, de los remedios jurídicos que han probado su fracaso y, hacer una lectura histórica de la crisis política actual. ¿Cómo puede hacerse algo así en una época que ha olvidado cómo se piensa históricamente? Sugiero una forma de hacerlo. La situación actual no es única en la historia. Hemos vivido períodos *análogos* en el pasado. De las analogías históricas podemos aprender más sobre

el futuro de lo que creemos. Son un recurso insustituible en períodos de incertidumbre estructural y de grandes transformaciones políticas. Revisar un período de transformaciones estructurales semejante, sopesar sus resultados, analizar sus diferencias, ponderar los factores que influyeron en su desenlace y comparar sus variantes, es tal vez una de las mejores maneras de despejar un poco de la niebla que domina el análisis político¹.

El supuesto central de este análisis es que la crisis política actual responde a una mutación *estructural* del Estado y la sociedad ecuatoriana. La llamaremos *transición estatal*. De esa mutación deriva su extraordinaria profundidad y persistencia. Siguiendo los pasos de las viejas escuelas de la sociología latinoamericana, asumimos que estas modificaciones políticas provienen tanto de alteraciones en las articulaciones latinoamericanas al capitalismo mundial como del resultado de las luchas sociales acumuladas, cristalizadas, en los diferentes tipos de Estado que surgieron del período inmediatamente anterior². Pero no es una mutación única en la historia. Transformaciones parecidas ocurrieron entre 1530 y 1600 cuando se fundó el Estado colonial; entre 1780 y 1870, cuando se fundaron los estados oligárquicos sobre las ruinas del imperio borbónico; y en el siglo XX, cuando los órdenes políticos oligárquicos se disolvie-

1 La metáfora de la "niebla" fue inicialmente mencionada por Hobsbawm (1994). La retoma de Arrighi y Silver (2001 [1999]: 22), cuya comparación de transiciones hegemónicas en el capitalismo histórico sirve de referente para este ensayo.

2 La referencia es, por supuesto, la teoría de la dependencia, especialmente el trabajo de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1969 [1967]).

ron lenta y pantanosamente. Por ahora me concentro exclusivamente en las analogías con la última gran transición.

¿Qué nos puede decir, entonces, una lectura histórica de la crisis ecuatoriana? En la primera mitad del siglo XX el capitalismo mundial vivía la más sangrienta y prolongada crisis sistémica de su historia. En varios momentos pareció que sucumbiría durante el proceso de cambio. Fue, en sus diferencias y similitudes, un recambio estructural análogo al que vivimos en la actualidad. El recambio en el modelo de acumulación supuso al menos dos modificaciones cruciales. Primero, la transición desde la hegemonía inglesa sobre el sistema-mundo hacia la hegemonía norteamericana mediada por una intensa y devastadora competencia con el capitalismo alemán. Cada hegemonía estaba basada en distintos tipos de empresas capitalistas líderes de la acumulación a escala mundial: mientras en la primera dominaban las empresas familiares por acciones, en las segundas dominarían las grandes empresas transnacionales. La segunda modificación fue el paso desde un capitalismo de libre cambio hacia un capitalismo que podría llamarse "fordista - keynesiano", donde el Estado asu-

mía funciones empresariales, redistribuidoras y de búsqueda de conciliación entre clases opuestas. El correlato del fin de la hegemonía inglesa fue un proceso de relativo enclaustramiento nacional y proteccionismo económico. El mercado mundial se fragmentó y se abrieron oportunidades para la consolidación de mercados nacionales segmentados parcialmente independientes del mercado mundial³.

Nos encontramos ahora, desde fines del siglo XX, en medio de un recambio estructural análogo. Fuera de las intensas discrepancias sobre su diagnóstico y significado, el único acuerdo seguro sobre ellas es que en el transcurso de un período definido entre los años setenta y el fin del siglo XX, se produjeron reestructuraciones revolucionarias en la economía mundial, las manifestaciones culturales y el orden político⁴. Es lo que algunos autores llaman la "globalización" y que otros, de forma más específica, llaman el "postfordismo" o el "régimen de acumulación flexible". Para algunos, este cambio coincide con el lento declive del imperio americano y la emergencia de un "archipiélago capitalista" en el sudeste asiático donde se concentra el poder financiero contem-

3 La mejor síntesis de la historia del capitalismo, que busca situar estos períodos de transición entre un régimen de acumulación y otro, sigue siendo la de Giovanni Arrighi (1999 [1994]: para el período aquí considerado, cfr. especialmente pp. 288-390). Sobre el origen de la idea de "régimen de acumulación" y su aplicación al capitalismo del siglo XX, cfr. Aglietta 1979; Lipietz 1987. Ver también Harvey 1998 [1989]: cap. 7 al 11). Una reciente crítica a la teoría de la regulación francesa en Brenner y Click (2003).

4 Una excelente síntesis de los principales debates en Arrighi y Silver (2001 [1999]: 9-28). Las controversias que han despertado los libros de Antonio Negri y Michael Hardt (2002 [2000]) y, en menor medida, el de Manuel Castells (2002 [1996]), atestiguan estos desacuerdos.

poráneo. Esa transformación general en el patrón de acumulación mundial se trasladó hacia América Latina con la crisis de la deuda externa en 1982. Desde entonces los más o menos tímidos experimentos desarrollistas liderados por el Estado han sido sistemáticamente desmontados en beneficio de un modelo centrado en la re-articulación del mercado mundial luego de un largo período proteccionista, la re-primarización de la economía en regiones enteras de la periferia, la reducción de los controles e inversiones públicas en la economía y la eliminación de las restricciones estatales a la libre circulación de bienes y capitales. La violencia de las reestructuraciones neoliberales resulta en tensiones en la organización y funciones del Estado y en cambios profundos en la cultura política de los actores sociales. En síntesis, ayer como hoy vivimos las dificultades de la readequación política a un cambio sustancial del patrón de acumulación mundial, regional y nacional⁵.

Ambas reestructuraciones implicaron presiones muy concretas sobre la organización y funciones de los estados

nacionales. A la mutación de inicios del siglo XX correspondió el lento desmontaje del orden oligárquico en América Latina, orden ligado al mundo del libre-cambio inglés. La erosión del Estado oligárquico en Ecuador fue uno de los procesos más tardíos y prolongados del continente. Se produjo en dos actos. La primera fase de transformaciones (1920 - 1948), ocurrió al amparo de una crisis económica y política muy prolongada en la que ningún grupo logró arrancar el poder estatal de las manos de la oligarquía terrateniente en descomposición. La segunda fase de transformaciones se produjo bajo el impulso de las dictaduras militares de 1963 y de 1972, que promulgaron las leyes de reforma agraria y la nacionalización del petróleo. Los ingresos sin precedentes por exportaciones petroleras hicieron palidecer los auges agro-exportadores del pasado, pero, sobre todo, brindaron al Estado ecuatoriano los medios para garantizarle cierta autonomía y las fuerzas suficientes para arrinconar a las oligarquías regionales que habían comandado su destino a lo largo del siglo. Desde entonces los nuevos grupos dominantes

5 Formulado con este lenguaje, puede parecer una tesis de viejo marxismo trasnochado, pero en realidad la derecha más moderna en el Ecuador analiza las cosas en una perspectiva curiosamente similar. El ejemplo más claro es el del discurso inaugural de la Asamblea Nacional Constituyente de 1997 realizado por Osvaldo Hurtado, en el que la estabilidad política luego de haber sido concebida como el producto de la modernización, se convierte ahora en su condición (Montúfar 1999: 229-7). Otro ejemplo es el reciente texto de Roberto Santana (2004: 248) sobre las dirigencias étnicas ecuatorianas: "En los hechos, el problema principal del Ecuador, que retroalimenta el modo "perverso" de funcionamiento del sistema político está en la imposibilidad de reciclaje económico, o dicho de otra manera, en la incapacidad de afirmar un nuevo modelo económico". Termina su artículo llamando a la dirigencia étnica a apoyar decisivamente las políticas de liberalización económica, de apertura al exterior y de privatización de todas las empresas públicas incluidas las de las Fuerzas Armadas (p. 257).

debieron encontrar modos alternativos para hacerse del control de las herramientas de negocios con y desde el Estado. El período intermedio entre las dos fases se caracterizará en lo económico por la lenta modernización inducida por el desembarque súbito y casi milagroso de las plantaciones bananeras.

Mientras el Estado oligárquico tuvo una duración plena de 60 años (de 1860 a 1920), el Estado moderno en su versión más laxa, habrá durado apenas 30 (de 1964 a 1995)⁶. La transición estatal que desmontó el Estado oligárquico fue muy larga, duró alrededor de 50 años; pero la fase crítica de turbulencia e inestabilidad duró un poco más de 25 años (1920 a 1948). La fase actual de turbulencia dura ya diez años, desde 1995. En ambos casos el inicio de la transición fue forzado por largos períodos de crisis económica aguda en los que el recambio del modelo de acumulación obligaba a adecuaciones más o menos dolorosas. En la primera transición la crisis económica estuvo en el origen de su desencadenamiento, mientras en la segunda, la crisis empezó años antes y la ha acompañado con momentos de agravamiento coyuntural. En ambos casos la señal y el impulso inicial de los cambios vino del exterior. En la primera fue el verdadero castigo a los precios del cacao a partir de la Primera Guerra Mundial, en la segunda nació del aumento de las tasas de interés en Estados Unidos a inicios de los años 1980. Ello dio origen a la crisis de la deuda y a la readequación del papel del Fondo Monetario Internacional que desde entonces actúa como un verdadero "ministerio de finanzas de la periferia".

Pero las presiones internacionales no actúan en el vacío. Las estructuras no se mueven solas. Hay actores sociales específicos cuyos intereses se encuentran o se enfrentan con las presiones que vienen del centro. La primera fuerza social destacada en el proceso de transición estatal que desmontó el Estado oligárquico fue el ejército. Armado del poder concentrado del ejército y sostenido por emergentes, aunque todavía débiles, clases medias urbanas, surgió un impulso transformador que tuvo su primera hora durante la revolución juliana (julio de 1925) y su momento culminante con las políticas corporativistas del General Enríquez Gallo (1938). Las dictaduras de 1963 y de 1972 culminarían con mayor éxito lo que empezaron las dictaduras posteriores al fin de la era liberal. ¿Qué diferencias existieron entre ambos períodos modernizadores?

El primer intento resultó relativamente aislado y las herramientas corporativistas creadas a su amparo, aunque discernibles en el futuro político del país, fueron extraordinariamente limitadas. Suele decirse que el Ecuador está comandado por un corporativismo gremialista. La verdad es que estamos muy lejos de la estructura de estados corporativos como el argentino, el mexicano e incluso de los potentes mecanismos corporativos del Estado boliviano. Aunque el corporativismo tiene su origen social en las prácticas conservadoras de los partidos católicos, la verdad es que en toda América Latina fue el resultado de alianzas de clases dispares dirigidas por el ejército para vencer las resistencias de oligarquías tradicionales excesi-

vamente poderosas. El bonapartismo estatal resultante fue siempre en el Ecuador una solución parcial y secundaria, aunque no deleznable. De hecho, en el ejército actual se concentra todavía gran parte del esfuerzo industrialista y desarrollista estatal desplegado durante el siglo XX. La Dirección de Industrias del Ejército (DINE) tenía más de un centenar de empresas a su cargo todavía en 1995 (García 1994, Santana 2004). Sus resistencias al proceso de privatizaciones de áreas estratégicas o de industrias controladas por ello son bien conocidas. También es difícil negar la importancia crucial del ejército en las crisis políticas recientes. Pero a diferencia del pasado, ya no pueden tomar directamente el control del gobierno. Los golpes de Estado, aunque posibles, parecen improbables.

Las clases medias emergentes, que en la transición estatal pasada tuvieron en el ejército su palanca fundamental, hoy se han diversificado como sector social. Son mucho más heterogéneas aunque no dispongamos de estudios específicos para Ecuador sobre su configuración más precisa. Han crecido en número y diversificado su representación política. Al mismo tiempo, sufren gran parte de la crisis del recambio estatal. A lo largo del siglo XX crecieron al amparo del empleo público y de la extensión de los servicios educativos. Pero ahora están obligadas a reinventarse en el sector comercial y de servicios productivos directos. El recambio está plagado de peligros atemorizantes en el contexto de la polarización económica que promueven las políticas económicas neoliberales. Pero su representación

política es muy fragmentada y han aparecido además del ejército y algunos partidos políticos, otras estructuras de representación como las ONG, que se vinculan a proyectos sociales extraordinariamente variados de gobiernos y agencias de cooperación internacionales.

Quizás una buena forma de aproximarse a su nuevo protagonismo social sea examinar brevemente su acción política reciente. Las clases medias, al menos en Quito, se movilizaron masivamente en la destitución de Abdalá Bucaram. Las marchas de febrero de 1997 combinaron la masiva presencia de clases medias con la de las clases populares. Contra Lucio Gutiérrez también se movilizaron masivamente el 16 de febrero de 2005 aunque sin un concurso equivalente de clases populares. Pero esas mismas clases medias no se movilizaron contra Jamil Mahuad en 1999. Permanecieron llamativamente en casa. Ni en marzo, ni en julio, ni en diciembre y enero del 2000. No se movilizaron a pesar de la profundidad de una crisis económica sin paralelo en el siglo XX, del mayor desfalco bancario conocido, de la firma inconstitucional del acuerdo de la Base de Manta, del rompimiento constante de la legalidad por la aplanadora legislativa y de la imposición de la dolarización que contradecía explícitamente el artículo 264 de la Constitución. Ni las políticas neoliberales en su expresión más dura y con sus efectos más perversos; ni el simple rompimiento de la legalidad hicieron que estas clases medias quiteñas se movilizaran. Eso no quiere decir que estuvieran a favor de esas medidas. Las encuestas de fines

del año 1999 mostraban un masivo repudio al gobierno. Entre los repudiantes se encontraban sin duda las clases medias quiteñas.

En realidad todo indica que estas clases medias tienen un gran repudio y temor al autoritarismo real, o incluso al verbal y potencial. Rechazan el autoritarismo real de León Febres Cordero y Jaime Nebot. En el caso de Abdalá Bucaram y Lucio Gutiérrez, las clases medias repudiaron el autoritarismo verbal de Alfredo Adoum y su equivalente actual, Bolívar González. Lo más insoportable es que ese autoritarismo está combinado con la *huachafería*, la vulgaridad, la ineptitud y la incapacidad intelectual. Mahuad era un verdadero *Manual de Carreño* personificado. Lucio Gutiérrez carece de los mínimos modales de una persona educada. No muestra capacidad para manejar con eficiencia la complejidad del país. Las clases medias quiteñas son tal vez las más "aristocráticas" y "meritocráticas" de todo el Ecuador, con la sola excepción de la ciudad de Cuenca. No porque la aristocracia domine la composición social de las clases medias, sino porque le ha transmitido sus valores, ademanes y sentido de "civismo".

Es en oposición a esta doble combinación (autoritarismo *huachafo*) que las clases medias quiteñas pueden movilizarse con más facilidad. Y es por eso que la consigna de una legalidad que funcione, que sea respetada y que se aplique, puede adaptarse a sus aspiraciones más fuertes; aquellas, que la impulsan a la movilización. En la "legalidad" encuentran un dique al autoritarismo; en un sistema que funcione aspiran a encontrar un dique al "populismo"

que repudian. Ambas, por separado, son molestas; pero juntas, son la pólvora de la toma de las calles. En cierta forma puede argumentarse que reclaman y aspiran a ser "ciudadanas" de un Estado que funcione bien, aunque fracciones importantes de las clases medias no se movilizan por el "contenido" de ese funcionamiento (por ejemplo, para acelerar las reformas neoliberales o para hacer lo contrario). No es que no les importe, pero no las convoca tanto como para salir a las calles. En ese sentido podemos decir que las clases medias en Ecuador (o una fracción relevante de ellas) son la base social potencial en la búsqueda de un "Estado liberal" (un marco de funcionamiento abierto a la disputa de distintos contenidos políticos e ideológicos). De hecho, los sectores medios fueron, a lo largo del siglo XX en otros países de América Latina, impulsores importantes e incluso decisivos en ciertas coyunturas, de la instauración exitosa de "Estados liberales". En el Ecuador nunca se instaló un "Estado liberal", pero sobrevivió como una aspiración inconclusa y como una declaración vacía.

En esto las clases medias actuales se distancian en parte del ejército, que se mantiene como bastión de lo poco que quedó del corporativismo; pero se distancian también de las clases dominantes, como veremos luego. Toda la importancia del contenido democrático de su demanda, así como varios de los principales límites sociales de su programa, aparecen en su acción reciente.

La clave para la comprensión de las limitaciones en el poder real que tuvieron las instituciones corporativistas en el desmonte del estado oligárquico y en la

formación del estado moderno en Ecuador, debe remitirse a las dificultades que los sectores sociales ligados al ejército tuvieron para vincularse establemente a otros sectores sociales antioligárquicos. A lo largo de los años 1920 y 1930 se produjo una oleada de rebelión campesina andina, que precedió y acompañó la crisis del régimen liberal⁷. Aunque puede postularse que existe alguna relación entre ambos, la verdad es que las clases medias urbanas que alimentaron la profesionalización del ejército ecuatoriano, en los primeros años del pasado siglo, estuvieron en la práctica muy alejadas de esa rebelión campesina. Un verdadero abismo cultural alejaba a los mandos militares y a todas las clases medias urbanas de ese mundo andino del que huían como de un fantasma de atraso y humillación. La distancia étnica entre dominantes y dominados fue una de las matrices de la debilidad política de las clases medias y de los partidos modernizadores ciudadanos o costeños en todos los países andinos⁸. En el momento mismo de su emergencia, esos partidos que buscaban unir fuerzas contra las oligarquías dominantes, carecían de lazos culturales, herramientas intelectuales y formas organizativas adecuadas para romper la barrera étnica que los distanciaba de sus posibles aliados rura-

les. La ruptura étnica, que parecía ligar mucho más entre sí a las oligarquías y a los dirigentes políticos de las clases medias, debilitó las resistencias unificadas a un orden oligárquico todavía poderoso.

Desde el punto de vista aquí abordado el surgimiento de movimientos políticos socialistas, anarquistas y comunistas, puede considerarse como un intento adicional de vincular a las clases medias ante todo urbanas y costeñas, con los sectores populares⁹. En las cuatro primeras décadas del siglo estos movimientos emergentes también lograron adhesiones en el ejército entre las que destaca la presencia del coronel Luis Larrea Alba, dirigente de la Vanguardia Revolucionaria Socialista y los dirigentes socialistas cercanos al general Alberto Enríquez Gallo. Esta misma época vio surgir un movimiento de huelgas fabriles y agitación obrera que no mermaría hasta mediados de los años cuarenta. Aunque en la costa estos grupos lograron dirigir y organizar a sectores importantes del naciente obrerismo militante, en la sierra la conducción de la organización de artesanos y obreros urbanos correspondió a la Iglesia y a sectores católicos sensibilizados por el "problema social" dentro del partido conservador. El sindicalismo obrero católico consti-

6 En su versión estricta, apenas 20, sea desde 1964 a 1982, sea desde 1975 a 1995.

7 La bibliografía es relativamente amplia; ver Baud (1993), Becker (1999), Clark (1999). Hernán Ibarra (2004: 193) le llama "marea ascendente de conflictos rurales". Ver también Rosero et al (1990).

8 Algo incluso más claro en Perú y Bolivia con el APRA y el MNR

9 Un buen resumen en Páez (1996 [1990]: 129-54); los trabajos clásicos son los de Patricio Icaza (1986) y Hernán Ibarra (1984).

tuirá el primer germen de la futura Democracia Cristiana y de la radicalización que surgiría más tarde en amplios sectores de la Iglesia. En cualquier caso, en este período el control conservador de una fracción apreciable de la organización de obreros y artesanos urbanos conspiró contra la fortaleza de un bloque antioligárquico eficiente.

La exitosa resistencia oligárquica tanto en Ecuador como en Perú solo pudo doblegarse en los años sesenta y setenta cuando se resquebrajó en el medio rural una de las principales piezas de la estabilidad del orden aristocrático. En los años sesenta, una fracción relevante de la Iglesia Católica animados por la modernización del Concilio Vaticano II, se compromete con los sufrimientos diarios de los campesinos que inundan sus parroquias. El movimiento político y doctrinario conocido como *Teología de la Liberación* (y sus influencias doctrinales y prácticas menos directas) cambiará ese frágil equilibrio político en el campo que el orden estatal había podido conservar precariamente a fuerza de concesiones moleculares y constantes. Lo que las clases medias urbanas radicalizadas no lograron entre los años 1920 y 1950; los agentes de pastoral y la Iglesia comprometida con los pobres lo logrará en los años 1960 y 1970¹⁰. La Iglesia mantenía un lazo de

trabajo pastoral y una permanencia en las zonas rurales que ningún otro actor social urbano podía igualar. La Iglesia "comprometida" terminó por debilitar aquel orden oligárquico rural afectado estructuralmente por los cambios moleculares inducidos por la modernización bananera. El activismo de agentes de pastoral se vinculó al activismo, más limitado, de los partidos de izquierda, y ambos confluyeron en la reivindicación por la reforma agraria, verdadera señal de retirada del orden oligárquico nacional¹¹.

Ayer como hoy, la ruptura entre los sectores más radicales de las clases medias y las amplias masas empobrecidas, campesinas o urbanas, sigue distinguiendo el proceso político ecuatoriano. Pero; a diferencia de lo que ocurrió en la transición estatal anterior, que coincidió con un auge notable del movimiento organizado de artesanos, obreros fabriles y campesinos (entre 1920 y 1945 y entre 1961 y 1978); en la actual, las clases populares parecen en todas partes en retirada. Las reformas neoliberales han debilitado al pequeño movimiento obrero fabril. Solo los trabajadores de las empresas públicas mantienen una apreciable tasa de sindicalización y de movilización. La Iglesia comprometida con los pobres está arrinconada después de 25 años de pontificado conser-

10 La importancia de la influencia de la iglesia católica en la democratización política de la época fue señalada por Huntington (1991: 72-85).

11 La importancia de la Iglesia en el origen de organizaciones rurales e indígenas ha sido documentado ampliamente. Al respecto ver los trabajos de Santana (1995 [1992]) o Zamora (1993: 292) y recientemente el interesante estudio de caso sobre los salesianos en Cotopaxi de Carmen Martínez Novo (2004).

vador. El movimiento urbano ha sido sometido por el clientelismo municipal y por el abandono de casi todo activismo político socialista después de la caída del Muro de Berlín. En la costa las clases populares siguen sin mostrar fisuras, la emergencia de movimientos políticos liderados por la dirigencia empresarial exportadora e importadora con una fidelidad llamativa. El sectarismo de la práctica de ciertas fracciones de la izquierda política ha llevado a la anulación de todo movimiento estudiantil autónomo. Solo el poderoso movimiento indígena logró romper con la monotonía de debilidad social. Lo más ambicioso de sus planteamientos políticos fue hecho público en los años previos a la Asamblea Nacional Constituyente de 1998. No es exagerado ni abusivo calificar las propuestas de la CONAIE como las de un *neocorporativismo social*: representaciones funcionales, amplia participación gremial en los órganos de decisión de políticas públicas, extensión de la propiedad pública y de las instituciones de bienestar¹².

Estas propuestas tienen puntos de encuentro con las resistencias que el ejército ha mostrado a las reformas económicas liberales. Pero al mismo tiempo, aunque están lejos de ser incompatibles, tiene desencuentros sensibles con las búsquedas de ciudadanía indi-

viduales más convencionales que las clases medias añoran como una promesa incumplida de la democracia.

Hay que tener presente que la actitud de las clases medias y populares durante las transiciones estatales tiene un peso estructural menor que la actitud de las clases dominantes. El tiempo que medió entre la primera fase y la segunda fase de liquidación oligárquica, sería de importancia crucial para el futuro del estado moderno que surgiría de sus ruinas. Las oligarquías mantuvieron precariamente el control del orden estatal durante décadas que se revelarían fundamentales. La persistencia del poder de la oligarquía terrateniente a lo largo del siglo XX se sustentó en el hecho de que la crisis de los veinte afectó fundamentalmente a la oligarquía exportadora de la costa mientras que el relevo en el poder lo garantizó otra oligarquía terrateniente situada en la sierra. En cierta forma su rivalidad permitió que se relevaran alternativamente durante los peores momentos de la crisis. La fórmula política que permitió esta exitosa operación de la oligarquía y el resultado final de la metamorfosis *transformista* del Estado ecuatoriano fue el *velasquismo*. El liderazgo de José María Velasco Ibarra ha sido objeto de una de las más importantes discusiones historiográficas y sociológicas del país¹³. Y ese debate académ-

12 Los dos estudios que recientemente han indagado las propuestas y la política de la CONAIE son el trabajo de Augusto Barrera (2001) y el de Fernando Guerrero y Pablo Ospina (2003).

mico es un reflejo de la complejidad de su ambiguo papel en una coyuntura histórica de transición política. Se asemeja al "populismo" de corte peronista o varguista en la medida en que su figura lograba acaudillar las esperanzas de sectores sociales emergentes y excluidos tanto en el campo como en la ciudad, en la costa como en la sierra, entre los indios como entre los mestizos. Llegó incluso a ser la figura de consenso de una revolución popular anti-oligárquica que unió a comunistas y conservadores en mayo de 1944. Pero se distancia de los dirigentes populistas y nacionalistas del cono sur porque nunca creó bases firmes para una relación estable entre gremios organizados ligados al Estado. Tampoco acaudilló un proceso consistente de formación de un estado desarrollista, interventor en la economía y líder de algún proceso de industrialización dirigido. Por su contenido programático, Velasco Ibarra nunca dejó de ser, en fin de cuentas, más que "el último gran caudillo de la oligarquía"¹⁴.

Si debiéramos resumir lo sustancial de su obra política, consiste en proveer una solución a la crisis general del Esta-

do oligárquico ecuatoriano. ¿Cómo lo logró? En esencia, realizó la prolongación exitosa y estable hacia el Estado de los mecanismos clientelares y paternalistas surgidos en las haciendas serranas¹⁵. Esta es la característica fundamental de los estados *transformistas*. Su matriz ideológica y organizativa es mucho más conservadora que liberal. Mucho más ligada a potenciar las redes familiares existentes que a la búsqueda de individuos transfigurados en ciudadanos. El éxito de esta delicada operación no dependió solamente de la habilidad de las oligarquías criollas, sino de la aguda dependencia que los indios rurales ecuatorianos tenían frente a las haciendas desde que en el temprano siglo XIX las comunidades andinas empezaron a ser integradas y casi disueltas dentro de los aparatos variados y multifor- mes de los hacendados locales.

Las relaciones clientelares que están en la base del Estado moderno que surgió en Ecuador del desmoronamiento del orden oligárquico, tienen su modelo en las relaciones paternalistas de dominio propias de las haciendas pre-capitalistas y en la extrema descentrali-

-
- 13 El vínculo de Velasco Ibarra con los sectores terratenientes serranos está bien documentado para 1932 por Rafael Quintero (1983 [1980]) y su ideología contradictoria pero finalmente aristocrática puede estudiarse con detalle en Cuvi (1977) y sobre todo en la compilación realizada por Enrique Ayala (2000; ver en especial el estudio introductorio, pp. 7-99). Una reciente relectura comparativa de la experiencia de Velasco frente a otras experiencias "populistas" en América Latina, en De la Torre (2000: cap. 2). La interpretación clásica en Cueva (1988 [1972]).
- 14 El título de libro de entrevistas de Pablo Cuvi (1977) expresa bien el contenido social del velasquismo.
- 15 Esta idea tiene parentesco con el análisis de Fernando Bustamante (1999: 26-30) sobre cómo se tejen las relaciones políticas en la sierra y en cierta medida en la costa (pp. 24-6).

zación de las formas de ejercicio de la dominación de estados débilmente conformados. Los indios ocupaban de hecho las tierras de las haciendas. Para convertirlos en mano de obra, los hacendados requirieron sutiles combinaciones de concesión a las tradiciones locales y de represión abierta aunque paternal. Relaciones jerárquicas pero dadas; severas pero afectivas; distantes pero llenas de gestos de cortesía y ademanes de comunión cercana. Los terratenientes desarrollaron un profundo conocimiento de las costumbres y el modo de pensar de "sus" indios. Junto a ello, vivieron en constante pánico de una "guerra de castas" mientras alimentaban el desprecio racista de sus súbditos. Cuando la modernización tendió a debilitar los marcos locales del gamonalismo, a favorecer las migraciones constantes, a desligar la dominación de su extremo localismo de antaño; los aparatos

burocráticos del Estado retomaron las prácticas usuales de un pasado familiar para reconvertirlas en lealtades políticas nuevas de caudillos diferentes¹⁶.

En Ecuador esos hacendados conservaron un poder político y una influencia social incluso mayor que en Perú y Bolivia. En el sur andino el sistema de haciendas y sus formas de dominación se debilitaron con la combinación de una actividad minera de exportación mucho más decisiva, por un peso político de las ciudades costeras peruanas mucho más poderoso que la sierra andina y una resistencia e independencia de los *ayllus*, mucho más exitosa¹⁷. La represión abierta o las concesiones corporativas fueron más fuertes en Perú y Bolivia que en Ecuador, donde las relaciones privadas alcanzaron su forma más pura. En las antípodas del populismo cardenista o peronista, si algo expresó Velasco Ibarra con alguna claridad, fue

-
- 16 El fenómeno ha sido bien estudiado en el Guayaquil del CFP, donde las redes familísticas de las lealtades políticas son familísticos porque usan las redes familiares realmente o porque las tienen como modelo transformado de las redes reales (Menéndez Carrión 1984). Los trabajos de Fernando Bustamante (1999, 2001, 2001a, 2002, 2004), que han revolucionado los estudios ecuatorianos sobre cultura política, y que pueden relacionarse con las hipótesis planteadas en este ensayo, tienen el defecto de analizar con demasiada ligereza la constitución histórica de los rasgos culturales que detecta tan brillantemente. La "mitad oculta" de la vida política ecuatoriana o la oposición de la "economía moral" comunitaria y familiar a la "economía política" individualista e impersonal, parecen por momentos "naturalizados" como rasgos constitutivos de la "larga duración" de la identidad cultural del Ecuador cuando no los remitimos a sus orígenes históricos y a las condiciones sociales específicas de su emergencia y continuidad.
- 17 El mayor peso de las haciendas y la menor independencia de las comunidades andinas ecuatorianas por contraste con las peruanas y bolivianas ha sido resaltada por Brooke Larson (2002 [1999]: 76, 85, 88-9). Un ejemplo etnográfico reciente y notable del peso de los modos de dominación de las haciendas todavía hoy en las actitudes políticas y en la forma en que los miembros de una comunidad indígena perciben el funcionamiento de los Cabildos locales, ha sido ilustrada por Tiziana Cicero (2003) en el Quilótoa, provincia de Cotopaxi.

la reacción conservadora contra un orden que dejaba de ser suyo y que requería controlar las liberadas y aterradoras fuerzas de una verdadera *Caja de Pandora*. Ante la lenta transformación económica que las debilitaba, ante el apareamiento de fuerzas sociales que cuestionaban su dominio y un contexto internacional que parecía desmentirlas, las oligarquías ecuatorianas pudieron prolongar exitosamente sobre el país un orden social que se mantenía por la estática de lo que Diego Portales llamara, para el Chile de inicios del siglo XIX, “el peso de la noche” (Jocelyn – Holt 1998 [1997]).

Los estados transformistas se caracterizan por constantes concesiones legales y prebendarias a los sectores populares, aunque el reparto se hace ante todo entre los sectores dominantes. Pero en la medida en que esas concesiones se asientan en relaciones clientelares de muy antigua data cuyas características específicas derivan de la inmensa variedad de formas locales de relación entre las clases dominantes y las clases populares que las sostienen, suponen también una muy débil extensión de las relaciones controladas efectivamente por el Estado. El sistema de dominación encuentra su asiento ante todo *fuera* del Estado. Puesto que los mecanismos de dominación derivan fundamentalmente de relaciones “privadas”, en cierta forma heredadas (y transformadas) de un

viejo pasado todavía vigente, los mecanismos legales de derechos y deberes ciudadanos o corporativos son secundarios. Las leyes se vuelven herramientas bastante maleables, sujetas a todo tipo de mediaciones locales, regionales y sociales. La concesión de una ley se vuelve, de hecho, un *favor* cuya aplicación debe negociarse repetidamente. Esta notable flexibilidad de los estados transformistas respecto al ordenamiento legal deriva, en el fondo, en que la ley es solo una formalidad más cuya aplicación está sujeta a múltiples caprichos del azar y de las relaciones de fuerza: El peso de la noche se prolonga durante las mañanas.

En el recambio neoliberal, los grupos dominantes encuentran dificultades para adaptarse a negocios desligados del control del Estado petrolero y su generosidad. Como diría Fernando Bustamante (1999: 21): se resisten a “desmontar la maquinaria de la promiscuidad corporativa y clientelar y [a] crear un Estado propiamente burgués”¹⁸. No son elites propiamente “liberales”. Las fuerzas del recambio se apoyan con más fuerza en tecnócratas y en la presión de los organismos internacionales. Pero el “patrimonialismo” dependiente de las rentas estatales no es tan antiguo como Bustamante piensa porque las rentas estatales, que son su base objetiva, solo empezaron a ser centrales en el modo de acumulación privado en perío-

18 Un aspecto recientemente mencionado por Bustamante (2004) es la aguda movilidad social en las elites ecuatorianas, lo que abonaría a la explicación de su sorprendente flexibilidad camaleónica y también de su influencia política e ideológica sobre las clases medias. No obstante, se requieren estudios históricos más detallados para comprobar esta interesante hipótesis y situarla en su apropiado contexto histórico.

dos muy recientes. Pero es cierto que las adaptaciones no se hacen sin resistencias de los propios sectores dominantes. Las luchas internas por el control del proceso de transformación (es decir, por el control de las decisiones centrales del Estado) y por los beneficios de las privatizaciones ha contribuido a retrasarlas o aplicar las reformas neoliberales con incoherencia y lentitud. Estas disputas entre facciones son particularmente agudas en las luchas por el control del lento proceso de privatización de la actividad petrolera, principal fuente de ingresos del Estado. Sobre todo, las exigencias de rigidez presupuestaria, de control de los gastos gubernamentales y de programas de estabilización que priorizan el pago de los acreedores externos, limitan las oportunidades para el reparto tradicional de los fondos públicos entre los que controlan el aparato estatal y para las dádivas paternas que sufragán los costos de la lealtad de los subalternos. Una estrategia privilegiada ha sido, por supuesto, convertirse en acreedor interno del Estado y en la recompra de bonos de deuda externa en los mercados secundarios. Pero importantes sectores dominantes se atemorizan por las competencias y dificultades que entraña la plena apertura liberal.

La ruptura regional entre costa y sierra amenaza tener una relevancia política y cultural mucho mayor en esta transición que en la anterior. Si el velas-

quismo, el mayor fenómeno político del siglo XX, casi no necesita referencias a las rupturas regionales para explicar su adhesión y popularidad, las fidelidades políticas y económicas actuales parecen trágicamente escindidas de modo regional. No es el único factor, pero es uno de peso mayor en el proceso de reestructuración descentralizadora del Estado. En este aspecto la transición actual tiene muchas más analogías útiles con la transición desde el Estado borbónico hacia el Estado oligárquico, en la cual el faccionalismo local y el peso de los municipios en la estructura estatal fue mucho más decisivo¹⁹. El esfuerzo modernizador de García Moreno y de Eloy Alfaro puede entenderse mejor como un esfuerzo centralizador frente al desorden local y regional previo. Vivimos ahora una reversión de la tendencia que animó y precedió la formación del Estado moderno en el Ecuador.

Si hay señales de un rechazo al autoritarismo en las clases medias, en cambio en las clases dominantes y entre los sectores populares aparece como una solución tentadora. Entre los sectores populares, el hastío, la desconfianza y el agobio por el desorden y la inseguridad a la que lleva la extensión de las desigualdades parecen confluir en la búsqueda de mano dura o de líderes carismáticos formalmente antisistémicos. Entre los sectores dominantes el presidencialismo extremo y el refuerzo de

19 Ver el texto de Enrique Ayala (1991) sobre los municipios en Ecuador en el siglo XIX. Para un brillante estudio comparativo sobre el papel de los municipios en la formación de los estados oligárquicos en Centroamérica, ver Williams (1994).

los controles presidenciales sobre el proceso de recambio económico pueden tener puntos de encuentro con la demanda popular de orden y seguridad. Las salidas autoritarias, poco frecuentes en nuestra historia y no siempre estables, tienen, sin embargo, una nueva oportunidad en esta reciente coincidencia.

Una lectura estructural como la que acabo de hacer puede dar la impresión de que nos enfrentamos a acontecimientos tan inmensos como inmunes a los esfuerzos de la voluntad de los ciudadanos de a pie. Al final de las vueltas del tiempo, ningún estado oligárquico en América Latina, con la posible excepción de Haití, superó la prueba del siglo XX. Pero en perspectiva comparada, el anterior período de transición política abrió los pliegues de lo posible hasta extremos verdaderamente radicales. La crisis terminal de los estados oligárquicos abrió el amplio cauce por donde pasaron la revolución cubana, la revolución mexicana y la revolución sandinista. En el extremo opuesto, fue la oportunidad para el trágico ensayo de una serie de dictaduras sanguinarias y retardatarias como las de Guatemala o de los patrimonialismos extremos de Paraguay y República Dominicana. De ese mismo recambio nacieron también los estados de bienestar mejor logrados del continente: el Uruguay de José Batlle y Ordóñez, el Chile de la República de 1925 y la Costa Rica cafetera. No hay razón para pensar que en la transición estatal actual las opciones políticas de recambio sean menos amplias. En períodos de incertidumbre estructural como el que vivimos, las alternativas histó-

ricas son siempre reales: la historia no es un destino, es una libertad restringida, como la vida.

Bibliografía

- Arrighi, Giovanni
1999 [1994]. *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. C. Prieto del Campo (trad.). Madrid: AKAL. Cuestiones de antagonismo 3.
- Arrighi, Giovanni y Beverly Silver (eds.)
2001 [1999]. *Caos y orden en el sistema - mundo moderno*. J. M. Madariaga (trad.). Madrid: AKAL. Cuestiones de antagonismo 10.
- Ayala, Enrique
1991 El municipio en el siglo XIX. En *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*. No. 1. II semestre. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Ayala, Enrique (ed.)
2000 *José María Velasco Ibarra. Una antología de sus textos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barrera, Augusto
2001 *Acción colectiva y crisis política. El movimiento indígena ecuatoriano en la década de los noventa*. Quito: OSAL - CLACSO / Centro de Investigaciones Ciudad / Abya - Yala.
- Becker, Marc
1999 Una revolución comunista indígena: movimientos de protesta rurales en Cayambe, Ecuador. En *Memoria*. No. 7. Quito: MARKA, Instituto de Historia y Antropología Andinas.
- Bustamante, Fernando
1999 Política. Los polos de la crisis: su racionalidad y horizonte. En *Ecuador Debate*. No. 47. Quito: CAAP. Agosto.
- Bustamante, Fernando
2001 Política. Economía política y economía moral: reflexiones en torno a un levantamiento. En *Ecuador Debate*. No. 52. Quito: CAAP. Abril.
- Bustamante, Fernando
2001a Economía, política y familia en la sociedad ecuatoriana: en torno a una crisis bancaria. En *Ecuador Debate*. No. 53. Quito: CAAP. Agosto.

- Bustamante, Fernando
2002 La reforma política como mito. En *Ecuador Debate*. No. 55. Quito: CAAP. Abril.
- Bustamante, Fernando
2004 La política y la picaresca: reflexiones sobre el no tan nuevo orden de la "sociedad patriótica". En *Ecuador Debate*. No. 61. Quito: CAAP. Abril.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto
1969. [1967]. Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica. México: Siglo XXI.
- Castells, Manuel
2002 [1996]. *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 1. La sociedad red*. C. Martínez G. (trad.). 4ta ed. en español. México: Siglo XXI.
- Cicero, Tiziana
200 Los "intermediarios buenos": ideales teóricos, sobrevivencia y mercados. En *Ecuador Debate*. No. 60. Diciembre. Quito: CAAP.
- Clark, Kim
1999 Nuevas estrategias de resistencia en la sierra ecuatoriana: acciones y discurso campesino 1930 - 1950. En *Memoria*. No. 7. Quito: MARKA, Instituto de Historia y Antropología Andinas.
- García, Bertha
1994 Las dimensiones societales de la reconversión militar en el Ecuador. En *Ecuador Debate*. No. 32. Agosto. Quito: CAAP.
- Cueva, Agustín
1988 [1972]. *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Ed. corregida y actualizada. Quito: Planeta - Ecuador.
- Cuvi, Pablo
1977 *Velasco Ibarra; el último caudillo de la oligarquía*. Quito: Instituto de Investigaciones Económicas.
- De la Torre Espinoza, Carlos
2000 *Populist Seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience*. Ohio University. Latin American Series 32.
- Guerrero, Fernando y Pablo Ospina
2003 *El Poder de la comunidad. Ajuste estructural y movimiento indígena en los Andes ecuatorianos*. Buenos Aires: CLACSO. Colección Becas de Investigación CLACSO -ASDI.
- Hardt, Michael y Antonio Negri
2002 [2000]. *Imperio*. A. Blxio (trad.). Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós. Estado y Sociedad 95.
- Huntington, Samuel P.
1991 *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman y Londres: University of Oklahoma Press.
- Ibarra, Hernán
1984 *La formación del movimiento popular 1925 - 1936*. Quito: CEDIS.
- Ibarra, Hernán
2004 La comunidad campesino - indígena como sujeto socio - territorial. En *Ecuador Debate*. No. 63. Diciembre. Quito: CAAP.
- Icaza, Patricio
1986 *Historia del movimiento obrero ecuatoriano*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Jocelyn - Holt, Alfredo
1998 [1997]. *"El peso de la noche"*. Nuestra frágil fortaleza histórica. 2da ed. Santiago: Planeta / Ariel.
- Larson, Brooke
2002 [1999]. *Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas, 1850 - 1910*. J. Flores E. (trad.). Lima: Instituto de Estudios Peruanos - Pontificia Universidad Católica del Perú. Serie Estudios Históricos 32.
- Martínez Novo, Carmen
2004 Los misioneros salesianos y el movimiento indígena de Cotopaxi, 1970 - 2004. En *Ecuador Debate*. No. 63. Diciembre. Quito: CAAP.
- Menéndez - Carrión, Amparo
1986 *La conquista del voto: de Velasco a Roldós*. Quito: FLACSO - Corporación Editora Nacional.
- Montúfar, César
1999 Gobernabilidad o el regreso del pretorianismo. En *Ecuador Debate*. No. 47. Agosto. Quito: CAAP.
- Quintero, Rafael
1983 [1980]. *El mito del populismo en el Ecuador*. 2da. Ed. Quito: Universidad Central del Ecuador.
- Rosero, Fernando (comp.)
1990 "Estructuras agrarias y movimientos sociales en los andes ecuatorianos (1830 - 1930)". Informe de Investigación IIE - PUE - CONUEP. Quito: inédito.

Santana, Roberto

- 1995 [1992]. *¿Ciudadanos en la etnicidad? Los Indios en la política o la política de los Indios*. F. Moscoso (trad.) Quito: Abya - Yala. Colección Biblioteca Abya - Yala, 19.

Williams, Robert

- 1994 *States and Social Evolution. Coffee and the Rise of National Governments in Central*

America. Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press.

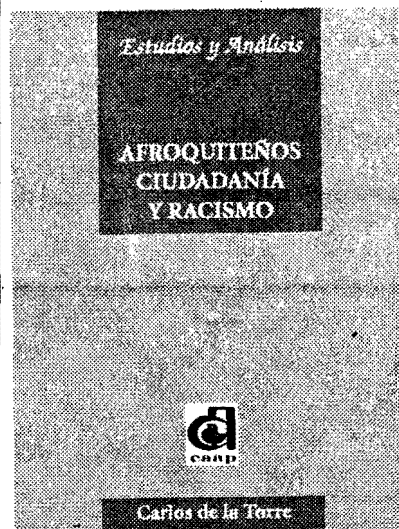
Zamosc, León

- 1993 *Protesta agraria y movimiento indígena en la sierra ecuatoriana*. En I. Almeida, et. al. 1993. *Sismo Étnico en el Ecuador. Varias perspectivas*. Quito: CEDIME / Abya-Yala.

PUBLICACION CAAP

Estudios y Análisis

AFROQUITEÑOS: CIUDADANÍA Y RACISMO



El funcionamiento del racismo, que victimiza a los negros urbanos, tomando como estudio de caso a la ciudad de Quito, es uno de los problemas estudiados.

Carlos de la Torre Espinosa

ÍCONOS

Revista de Ciencias Sociales

ISS: 1390-1249 - revistaiconos@flacso.org.ec - www.flacso.org.ec

Número 21 - enero 2005

- SUMARIO -

Dossier: Conflictos por petróleo y gas natural en la Amazonía

Petróleo, seguridad ambiental y exploración petrolera marina en Colombia
Alfonso Avellaneda

Impactos sociales de la actividad petrolera en Ecuador: un análisis de los indicadores. *Teodoro Bustamante y María Cristina Jarrín*

Microconflictos ambientales y crisis de gobernabilidad en la Amazonia ecuatoriana - *Guillaume Fontaine*

Camisea: ¿por qué cuesta tanto el gas barato? - *Carlos Soria*

Los conflictos ambientales del gas boliviano - *Marc Gavaldá*

- Debate -

El patrimonio como domesticación de la cultura. Comentarios al dossier de Iconos 20 - *Gey Espinheira*

- Temas -

La desventura de ser soltero: una introducción a la sociología rural de Pierre Bourdieu - *Luciano Martínez*

Encuentros artísticos con el dolor, la memoria y las violencias - *Pilar Riaño*

Coaliciones fantasmas, esencialismos políticos y corrupción - *Felipe Burbano*

- Reseñas -

Francisco Delich, Repensar América Latina, Gedisa, Barcelona, 2004
Carlos de la Torre

Guillaume Fontaine, editor, Petróleo y desarrollo sostenible en Ecuador 2. Las apuestas, Flacso-Ecuador, Quito, 2004 - *Pedro Elias Galindo*



FLACSO
ECUADOR

**ÍCONOS: Revista de Ciencias Sociales en una publicación de la
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Sede Ecuador**

Pedidos y suscripciones al: **Librería de FLACSO** (mailto:libreria@flacso.org.ec)
Calle Bolívar 1 - FLACSO (mailto:libreria@flacso.org.ec)
Dirección Postal: N. 25-01-00000000, Av. Poma, Quito-Ecuador
Teléfono: (593) 21 2232-0733/030020